



A la luz de la Palabra

Diócesis de Caldas / Animación Bíblica de la Pastoral

Lectio Divina DOMINGO XXX

Tiempo Ordinario

26 de Octubre del 2025

SI. 35,12-14.16-19a/ SAL 33,2-3.17-18.19 y 23/ 2 TIM. 4,6-8.16-18/ LC. 18, 9-14.

Invocación al Espíritu Santo

Ven, Espíritu Santo, luz del corazón que busca la verdad. Purifica mis pensamientos, abre mis ojos para ver como Tú ves. Enséñame a reconocer mi pequeñez y mi necesidad del Padre. Haz que esta Palabra toque mis entrañas y transforme mi manera de mirar a los demás. Amén.

I. LECTIO: ¿Qué dice el texto?

Del Evangelio Según San Lucas (18, 9-14)

En aquel tiempo, Jesús dijo esta parábola a algunos que confiaban en sí mismos por considerarse justos y despreciaban a los demás: “Dos hombres subieron al templo a orar; uno era fariseo y el otro publicano. El fariseo, erguido, oraba así en su interior: ‘Dios mío, te doy gracias porque no soy como los demás hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que tengo’. El publicano, en cambio, se quedó atrás y no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo; solo se golpeaba el pecho, diciendo: ‘Oh Dios, ten compasión de mí, que soy un pecador’. Les digo que este bajó a su casa justificado, y aquel no. Porque todo el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado.” **Palabra del Señor**

Preguntas para construir el texto

- ¿A quiénes dirige Jesús esta parábola?
- ¿Qué dice el fariseo en su oración?
- ¿Cómo ora el publicano?
- ¿Qué actitud tiene cada uno ante Dios?
- ¿A quién declara justo Jesús al final?

El Evangelio de hoy nos presenta a dos hombres que suben al templo a orar. Ambos buscan a Dios, pero solo uno se deja encontrar. Jesús no compara a un “bueno” y un “malo”, sino dos maneras distintas de situarse ante el Señor. El fariseo representa la seguridad del que se apoya en sus méritos. Cumple, ora, ayuna y da limosna, pero en su corazón hay una sombra: se cree autosuficiente. Su



DIÓCESIS DE CALDAS

oración no nace del amor, sino del orgullo. Habla de sí mismo, se compara con los demás y se siente superior. Es un hombre que usa la oración para mirarse, no para mirar a Dios.

El publicano, en cambio, no tiene nada que ofrecer. Su vida está marcada por la culpa y el desprecio social. Pero allí, en el último rincón del templo, se atreve a levantar los ojos solo lo necesario para decir una frase que contiene toda la verdad del corazón humano: *“Oh Dios, ten compasión de mí, que soy un pecador.”* Esa breve súplica atraviesa el cielo, porque no nace del orgullo, sino de la humildad. El publicano no se excusa ni se compara; se entrega. Su oración no se apoya en obras, sino en la misericordia.

Jesús declara que **ese hombre bajó justificado**, porque la salvación no se compra con rezos o méritos, sino que se recibe con un corazón abierto. Dios no se deja impresionar por las apariencias ni por las fórmulas; escucha el clamor del alma sincera. Lo que aleja al fariseo no es su rectitud, sino su falta de humildad. Lo que acerca al publicano no es su pecado, sino su confianza.

El Evangelio nos invita hoy a revisar nuestras propias oraciones. A veces, sin darnos cuenta, también rezamos como el fariseo: enumeramos nuestros esfuerzos, justificamos nuestras decisiones, y olvidamos presentarnos ante Dios con sencillez. La oración auténtica no necesita adornos; basta con decir desde el corazón: *“Señor, aquí estoy, con mis luces y mis sombras, pero confiando en tu amor.”* La verdadera oración transforma porque nos vacía de orgullo y nos llena de gracia. Solo el que se reconoce pequeño puede recibir lo grande de Dios. La humildad no nos rebaja, nos eleva; porque quien se humilla no se destruye, se abre al amor que salva.

II. MEDITACIÓN: ¿Qué me dice el texto?

- ¿Reconozco en mí actitudes del fariseo: juzgar, compararme, sentirme mejor?
- ¿Qué me impide presentarme ante Dios con sencillez y verdad?
- ¿Cómo me relaciono con quienes considero “menos” o “pecadores”?
- ¿He experimentado la alegría de sentirme perdonado?
- ¿Qué significa para mí hoy “el que se humilla será ensalzado”?

III. ORACIÓN: ¿Qué le digo a Dios orando desde el texto?



Señor Jesús, tú que conoces mi corazón y ves mis sombras, enséñame a orar con verdad, no con apariencias. Arranca de mí la soberbia disfrazada de religiosidad, y revísteme de la humildad del publicano que confía solo en tu amor. Haz que mis labios pronuncien menos palabras, y mi corazón se incline más ante Ti. Ten compasión de mí, Señor, porque sin Ti nada soy.
Amén.



IV. CONTEMPLACIÓN: ¿Cómo interiorizo el mensaje?

Repite en silencio, dejando que cale en tu interior:

“Oh Dios, ten compasión de mí, que soy un pecador.”

Permanece unos minutos en silencio, dejándote mirar con ternura por el Padre.

V. ACCIÓN: ¿A qué me comprometo?

- Busca hoy un momento para reconocer humildemente tus errores y pedir perdón —a Dios o a alguien—, con un corazón sincero.
- Trata de mirar a los demás sin comparaciones, con la misma misericordia que Dios tiene contigo.
- Acude al sacramento de la Reconciliación.

